

Los tiempos felices

Teutila Correa de Carter



Los tiempos felices

C O L E C C I Ó N
A L I C I A D E L A V A L
Novelas y Cuentos

José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Los tiempos felices

Teutila Correa de Carter

Prólogo
Luis Acopa

Edición Gratuita Conmemorativa
23 de Abril
Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Primera edición, 2013

Fotografía de portada: Jaime Ávalos

Director de la obra: M. R. Magdónel

Compilador: Luis Acopa

® Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Zona de la Cultura. Colonia Magisterial

Avenida Universidad s/n C. P. 86040

Villahermosa, Centro. Tabasco.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

PARA SU DISTRIBUCIÓN LIBRE EN LA WEB

Impreso y hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Presentación

Salvaguardar la memoria y trabajo de hombres y mujeres que nos antecedieron en el tiempo, es tarea primordial de quienes tienen conciencia del presente y construyen un futuro con bases sólidas. Esto lo realizamos en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, convencidos del aserto de que quien conoce el pasado no debe repetirlo, sino aprender de este y sacar provecho en las acciones que sustentan su presente.

Esta Casa de Estudios, como memoria colectiva de los tabasqueños, recupera los diálogos de quienes han construido esta sociedad. Por ello, dedicamos horas a la tarea cívica y cultural. Así es como ponemos a consideración la obra de Teutila Correa de Carter, una de las más importantes escritoras de nuestro trópico.

8 Su prosa es un fluyente constante en las letras y en homenaje a ella, hemos instituido en el marco de la Feria Universitaria del Libro (FULTABASCO), el Concurso de Cuento, que lleva su nombre. Esperamos que esta muestra sea una fuente de motivación para nuevos lectores, celebrando con ello, los primeros 150 años del nacimiento de esta autora.

Dr. José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

El encanto por narrar

Luis Acopa

Toda historia viva es una historia inconclusa. El pasado no importa por lo que haya acontecido sino por las interpretaciones de lo que hoy hacemos de él. En consecuencia, la historia de la literatura en Tabasco es inconclusa, ya que el análisis y estudio de ella, aún se está haciendo. Muchos datos y fechas se han cubierto a través de los empeñosos trabajos de investigadores de la cultura y practicantes, que motivados por el interés legítimo de conocer sobre el quehacer de quienes los antecedieron, se dan a la tarea de asignar y registrar esos materiales, clasificándolos o acopiándolos en nuevos soportes de lectura.

Así, han visto la luz nuevas ediciones de libros de escritores del siglo XIX y XX. El

10

aporte de su trabajo solo se puede medir con la lectura y comprensión del mismo, por ello es importante volverlos a poner en circulación, tratando así que las nuevas generaciones tengan acceso a éstos. Bajo esta lógica, es que se publica esta reunión mínima de cuentos de Teutila Correa de Carter, quizás la primera cuentista de Tabasco, a decir por las fechas de sus escritos.

Teutila Correa Zapata de Carter, nació en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, el 10 de noviembre de 1863. Desde muy pequeña, según lo refiere Jorge Priego Martínez (amplio conocedor de la cultura en Tabasco), “empezó a escribir y publicar sus artículos y poemas en periódicos y revistas de la capital tabasqueña”. Por su entorno familiar, económicamente estable, tuvo contacto con los libros y la escritura, situación muy ajena del promedio de los habitantes de nuestro estado a mediados del siglo XIX. Se casó con un extranjero, con quien procreó 5 hijos. Su vida estuvo marcada por condiciones trágicas para una madre, ya que tuvo que soportar

la muerte de dos de sus vástagos a muy temprana edad, lo cual se refleja a través de su obra. Falleció en la Ciudad de México el 1 de abril de 1938.

Dentro de su trabajo literario se encuentran las obras: *Paulina* (1912), *Él y Ella* (1917), *Cuentos y artículos* (1922), *El pecado* (1931) y *La casa de la abuela y Tumbilé* (últimas obras de las que no pudimos encontrar fecha para asignar). Los cuentos que hoy se publican -así como toda su obra-, pertenecen a la corriente realista. Entendiendo por realismo literario al movimiento que busca reflejar la realidad a través de la narración, caracterizada con una estructura lineal (presentación, desarrollo, conflicto y desenlace), así como los diálogos entre los personajes y la descripción de las condiciones sociales de los sujetos, sin caer en las reflexiones psicológicas.

He aquí tres cuentos que marcan el espíritu narrativo de nuestra autora. En ellos la historia fluye constante. El hilo conductor son las mujeres y sus condiciones. De ahí que

sus decisiones marcan sus vidas, reflejando un ánimo crudamente realista, donde no hay lugar para el remordimiento. La obra de Teutila Correa de Carter es una hoja de acero filosa que corta la visión romántica del pasado, contrastando la visión de *Los años felices*, que no fueron y sin embargo lo son, porque ellos son los únicos que les han tocado vivir.

Los tiempos felices

Teutila Correa de Carter

Dormité niñoito

Dormité niñoito, dormité...

La fresca y argentina voz de Susana que sentada en la hamaca arrullaba a un niño entre sus brazos, resonaba en la casa llenando el ambiente de esa suave alegría que la presencia de un recién nacido esparce a su alrededor. ¡Un niño! ¿Qué habrá en el mundo comparable a ese capullo de rosa, a ese pajarillo delicado?

Y todo eso lo dice la madre al estrecharlo contra su corazón: rosa mía, pajarito adorado, nene de mi vida.

Y lo besa y lo besa, y no se cansa de besarlo... Susana cantaba abrazando con ternura inmensa al recién nacido, y su canción alegre el hogar y repercute en

las casas vecinas, donde no falta quien sonría con burla o con piedad.

-Qué tonta-, dice alguno.

-Pobrecilla-, comenta otro.

Mas ella, teniendo al niño contra su corazón se ha olvidado de todo de todo, hasta de que ella no es la madre...

16

¿No es la madre? Eso..., ¿qué importa? Una noche lloró un niño recién nacido junto a su puerta. Primero no hizo caso, luego llamó a su tía, con quien habitaba una pobre casa; abriendo la puerta se encontraron con una canasta dentro del cual lloraba una criaturita; la joven lo sacó.

-¡Mira tía, mira qué primor! ¡Es un niño!-, exclamó, y sin pensar en otra cosa más que dejara de llorar la criatura, le dio agua de azúcar, la abrigó, la retuvo entre sus brazos...

-Susana -dijo la tía-, alguien ha cometido un doble crimen: abandonar este niño y obligarnos, puede decirse a nosotras que somos tan pobres a

recogerlo, por haber venido a dejarlo a nuestra puerta; pero no debemos quedarnos con él; mañana, cuando amanezca, si no encontramos a la infame que lo abandonó, lo entregaremos a la autoridad; somos muy pobres para hacernos cargo de él.

-Pero tía, mira que bonito niño, qué ojitos tan lindos tiene..., yo no se lo doy a nadie, es mío, es mío.

17

Y Susana, por más que hizo la tía, se quedó con el niño que a lo más tendría quince días de nacido.

Cierto..., eran muy pobres, pero ella redoblaría sus trabajos para sostener al lindo bebé y lo daba todo por muy bien empleado, cuando con el niño entre sus brazos para dormecerlo cantaba:

-Dormité niñito, dormité...

Luisito, así quiso llamarle, fue su encanto: la madre que dormía en ella, despertó con todo su amor, con todas sus ternuras...

Mas aquella criatura, desde el primer instante fue motivo de enojo para Fernando su prometido.

-Por querer a ese chiquillo, ya no me quieres a mí -le decía-, ¿por qué no lo regalas como lo regaló su madre?

18 -En vez de odiar a esta criatura -contestaba ella-, debes quererlo como yo, es tan precioso..., dale un besito..., Fernando adoraba a Susana; era su prometida hacía ya algún tiempo, y deseaba casarse pronto con ella.

-Mi tía -decía la joven-, no quiere a Luisito; cuando nos casemos, nos lo llevamos.

-Eso sí que no -contestaba él-, ya sabes lo que te he dicho: no me haré cargo de hijos ajenos.

En tanto que Susana quería más al niño, Fernando se iba alejando de ella: en Luisito veía un rival, con quien le era imposible compartir su amor.

Sin embargo, un día dijo a su novia:

-Quiero casarme contigo, pero a Luisito lo dejamos con tu tía.

-¡Imposible! -respondió ella-, si algún día tengo un hijo, le querré tanto como a él, por consiguiente no puedo abandonarlo.

-Escoge entre el niño y yo: si te empeñas en retenerlo a tu lado, yo me retiro.

19

-No creo Fernando, que porque yo quiera tener a mi lado a este pobre niño, seas capaz de retirarte.

-Ya lo pensé bien: soy pobre y no puedo, ni quiero hacerme cargo de él.

-Mi tía es más pobre aún, y no le dejaré esa carga.

-Esta bien, Susana, no volveremos a vernos...

-Adiós.

Y Fernando no volvió. Por algún tiempo ella tuvo esperanzas todavía. Pero el tiempo pasaba y pasaba y no tenía noticias de él. Luisito crecía, crecía: cada día estaba más gracioso, la

llamaba mamá; de carácter dócil, jamás la disgustaba. Fue a la escuela, y Susana se sentía orgullosa en sus adelantos.

Poco a poco fue olvidándose de Fernando, todo su amor lo concentraba en aquel hijo que la suerte o el destino le había deparado.

20 Luisito crecía; ella, toda madre, estaba consagrada a él, sin advertir que su juventud pasaba...

El recuerdo de Fernando se borró por completo del corazón de Susana; todo él estaba lleno de maternal amor por aquel niño, que pronto fue ya un hombre. Con sus trabajos y sus esfuerzos había logrado darle una profesión.

Luisito pronto tuvo novia y se casó. Susana con esto creyó haber cumplido ya toda su misión de madre, y gozó mucho viéndole feliz, sin advertir que de pronto su alma y su corazón quedaban en la más grande soledad. Su tía, muy vieja ya, era incapaz de darle todo el amor que su naturaleza apasionada ambicionaba.

Un día se sorprendió: el recuerdo de Fernando volvía a su corazón. ¿Qué importaban los años pasados si a su alma, virgen todavía volvía aquel amor con toda la vehemencia, con todo el fuego de su florida juventud ya extinguida?

Volvió a mirarse en el espejo..., ¡qué triste le pareció su rostro, qué arrugado! El pelo gris ya no caía en ondas sobre su blanca frente, se había hecho escaso y lacio. ¿Cómo volver a la juventud? ¡Oh desesperación! ¿Dónde estaría Fernando? Volvió a soñar con él, creía oír su voz, sus pasos...

21

Bueno, las cartas que no le devolvió las leía mil y mil veces más. Halló en ellas el retrato de Fernando, y lo contemplaba bañada en lágrimas. Él reinaba en su virgen corazón de cuarentona, con todo el imperio de un amor último... Si Fernando volviera... Se miraba en el espejo, componía su traje, su peinado...

Convencida por fin de que él ya no vendría, se volvió taciturna, casi no hablaba, dejó de comer, enflaqueció. Lloraba en un rincón; sus ojos tenían una luz extraña, parecía un fantasma, vagando tristemente por la casa...

22 Mas un día, después de no haber dormido en toda la noche, amaneció contenta, risueña, conversadora...

Abrió un ropero, sacó una almohadita, un gorro y un traje de Luisito cuando era pequeño. Ató la almohada un poco más arriba que la mitad con una cinta, le puso las ropas y tomándola en sus brazos, se sentó en la hamaca.

-Luisito, decía tiernamente mirando la almohada, tú eres mi niño, mi pajarito precioso, mi capullo de rosa... Yo, soy tu madre, ¿lo oíste?

-Yo, soy tu madre.

Y entre risas y lágrimas, meciéndose, dulcemente cantaba:

-Dormité niñito, dormité...

El reloj

Vivimos tanto tiempo uno frente al otro, que cualquiera diría que somos buenos amigos.

¿Podrá ser cierto? Yo..., ni lo niego, ni lo afirmo porque a veces he creído que te quiero con todo mi corazón y a veces he pensado que te aborrezco con toda mi alma.

Puede ser que te tenga algún cariño; se ama hasta las piedras que vemos continuamente; además, nosotros los humanos imitamos algunas veces la nobleza del perro, que olvidando las ofensas, sólo tiene en cuenta los mendrugos recibidos.

Puede ser que te odie como se odia a los tiranos, porque tú, con esas

manecillas implacables que vas pasando continuamente sobre tu faz impasible, no eres más que un tirano. ¡El tirano de los tiempos!

24 Y esto lo digo porque en alguna ocasión, he querido besarte, sí, darte un beso cariñoso en esa tu circular frialdad, de la que ni siquiera hacer alarde o que mis miradas tuvieran el poder del rayo para fulminarte, para hacerte trizas.

Este deseo de acabar contigo ha sido consecuencia natural del caso que has hecho de mis ruegos y mis súplicas, pues cuando he querido que vayas más aprisa, que tus manos se contagien con mi anhelo, que tu péndulo se mueva siguiendo los presurosos latidos de mi corazón, parece que te ríes con desprecio, que te burlas de mis ansias; te paras, te quedas quieto, con las manos cruzadas como si estuvieras muerto. ¡Témpano de hielo!

Cuando te he rogado que suspendas ese terrible tic tac, que ya

no avances ni un minuto más porque voy a morirme de dolor si das la hora, oigo tu campana fatídica, como si quisieras con cada campanazo dar un golpe mortal a mi felicidad... ¡No tienes entrañas! Confieso que no siempre me has inspirado estos sentimientos tan contrarios, que no siempre he querido besarte o hacerte trizas. Porque hubo un tiempo en que me fuiste completamente indiferente. Correr, jugar, pelear con mis hermanos, vestir mi muñeca... ¿Qué podría importarme que tú corrieras como un desesperado o te quedaras parado como un idiota?

25

Mas después..., puede ser que te acuerdes: en la noche iba a haber un baile..., en la noche y tú no pasabas de las tres de la tarde, ¡qué impaciencia!

El traje listo, las flores, aunque de trapo, bien perfumadas, los zapatos, ¡qué preciosos! La vanidad los veía pequeñitos, como para el lindo pie de cenicienta; un pañuelo, un abanico

de encaje de esos que no soplan nada absolutamente, pero que sirven muy bien para reírse tras ellos.

26 Y..., lo mejor; eso sí que era lo mejor: el carnet con el orden del baile, y casi todas las piezas apuntadas para él. Y, a que tú ya no te acuerdas quién era él. Pues, él era el de siempre, el único, el que siempre fue él.

Pero qué cachaza la tuya, no dabas ni las cinco de la tarde. A fuerza de esperar, llegó la noche, más no sonabas la hora de partir, y fue necesario estarse dando paseos y paseos, porque ¿quién se sienta con un traje de baile tan vaporoso para que se aje? Bien mirado también pasearse podría ser muy peligroso: las lindas zapatillas de cenicienta se estropearían con tanto ir y venir...

Había pues que estarse parada frente al espejo; pero lo malo era que el polvo se estaba acabando ya, claro, a fuerza de estárselo poniendo, en espera de que tú te dignaras a dar las ocho de la

noche. ¡Cuántos perjuicios puede causar con su cachaza un reloj de provincia!

Y luego que con tanta lentitud habías llegado a las benditas ocho de la noche, apenas comenzaba el baile, te echabas a correr como un insensato, y en un momento dabas las nueve, las diez, y hasta creo que saltabas algunas horas, para llegar más pronto a la del final del baile.

27

Naturalmente que al oír tus campanazos me indignaba pensando en tu poca consideración para los corazones enamorados. Esta falta de consideración, fue por mucho tiempo causa de que te odiara. Dime si no tenía yo razón. Claro está: sabías muy bien la hora en que llegaría cierta visita, y de propósito, así ha de haber sido, de propósito ibas despacito, despacito, no caminabas casi nada, pues cada vez que me asomaba a verte, lo más que habías adelantado era un minuto..., a lo más dos. ¡Tenía razón sobrada para aborrecerte!

Una mañana..., sí, ¿por qué no te lo he de contar? Una mañana

tuve impulsos vivísimos de besarte, de tirarte un beso volado, cuando menos. Figúrate, juntas sonaron tu campana y la campana de la iglesia que llamaba a la misa nupcial. ¿Habrá podido sonar en alguna otra ocasión, tan alegre y tan sonora tu espléndida campana? Creo que no.

28

Al regresar del templo no habían pájaros ni flores por el camino, pero puedo jurar que oí sus cantos, y sentí su aroma... Alcé la vista para verte, y te encontré como yo me sentía: ¡resplandeciente de felicidad! Y, aún creí que bondadosamente me decías:

-Haré tus horas muy felices, muy felices- Y desde entonces te di otra clase de importancia en el curso de mi vida, como que en una casa bien ordenada, todo tiene que marchar de acuerdo con el reloj.

¡Las doce! Hay que tenerlo todo listo: el mantel muy blanco, la servilleta muy limpia; las flores así: más cerca de su plato que del mío, ¡le gustan tanto! A

las doce llega él; el del carnet, claro está, el que se apuntaba todas las piezas..., ¡qué risa!... ¿Sobrarán un ratito para verse en el espejo? Por supuesto, hay tiempo para todo; bueno, un poquito de polvo, otro de perfume, el peinado está bien; ¡cómo brilla el anillo de boda al pasarse la mano así sobre la frente! ¿Faltarán algo en la mesa? Es preciso verlo; no es una mesa muy espléndida por cierto; hay que confesarlo; ¿pero qué importa si el primer platillo será un beso apasionado?

29

Ah, sí, cielo santo, han dado las siete de la noche; el niño necesita tomar su leche, ¡Un niño! ¡Pero qué hermoso es! Han dicho que es muy feo; imposible, es mi hijo, tiene los ojos lindísimos; la verdad, casi no los he visto, porque siempre los tiene cerraditos; pero los tiene así, lindísimos; además, a mí me parece que para tener sólo ocho días, es muy inteligente: ¡llora que da gusto oírlo!

¿Cuánto tiempo ha pasado? Qué bueno que no lo he advertido. Así pasan los tiempos felices, sin sentir.

¡Las ocho de la mañana! ¡Niños, niños, a la escuela! Aquí están los libros; en la canasta van las sedas y los dibujos; un besito, otro besito; adiós, adiós...

¡Las tres de la tarde! ¡Tan pronto! Ha llegado el profesor de piano. ¿Cómo va la lección? Perfectamente.

30

-Niña -dice el maestro-, da gusto enseñarle a usted, es muy aplicada; llegará un día en que me sienta orgulloso de haber sido su profesor. Con permiso de su mamá voy a besar esa manita tan hábil para el piano...

¿El piano? ¿Y cuándo fue la última vez que tocó el piano?

¿Qué hora tenía el reloj? ¿Por qué se acabaron para siempre aquellas lecciones cuyas notas parecían bajar del mismo cielo? ¿Por qué ya nunca volví a oír las llegar hasta mi corazón haciéndome feliz? ¡Ah, reloj, reloj, con la misma indiferencia que marcas las horas de dicha, marcas también las horas de dolor!

¡Todo acabó; el mundo se cubrió de luto!

Y, luego..., el barco, el anchuroso mar; tempestades visibles en el cielo, y tormentas ocultas en el alma, playas extranjeras; las horas que pasaban diciendo su nombre en un idioma extraño..., en el silencio de un alma entristecida.

31

Reloj, reloj de mi provincia, cuántas veces pensé en ti... Son horas no vividas, las horas señaladas por un reloj extraño...

Y, ahora, vuelvo a verte, mas con cierto rencor, te miro igual.

¿Por qué no te envejeces? ¿No te da tristeza pensar en tantos que ya no contarán tus horas, para esperar la dicha, ni aún para sumar un dolor a otro dolor? Estás igual: tan impasible como siempre, ni una arruga, ni una cana... ¡Y, es porque no sabes llorar, porque no tienes corazón!

Como tirano del tiempo no dejas que éste imprima sobre tu faz su huella

destructora y con igual serenidad cruzas tus manos en todas las épocas de la vida humana.

La infancia con su nimbo de inocencia, la juventud con su aureola de esperanza, la ancianidad envuelta en sombras, no significan nada para tu eterna indiferencia.

32

¡Ah, reloj, reloj, serás eternamente el mismo porque no sabes llorar! ¡Tú, no tienes corazón!

Tres Marías

Así: eran tres. ¿Cuál era la más bonita? Nadie podría decirlo. En sus mejillas lucía el tenue color de rosa de un amanecer de abril, y en sus ojos el brillo intenso y sereno de un cielo tropical. ¡Dieciocho años! ¿Qué más se necesitaba para ser bella y hermosa? ¡Ojalá y no se necesitara más para ser feliz también!

Salida apenas de la pubertad, la mujer conserva todavía sus gracias infantiles, que las curvas deliciosas de la juventud van esfumando poco a poco, para reinar en lo absoluto y mostrar el triunfo completo de un cuerpo escultural. ¿Y quién no advierte que la belleza femenina impresiona más que cualquiera otra belleza? ¿Qué pueden ser la gra-

cia del pájaro, la hermosura de una flor, la suntuosa armonía del mismo cielo al despuntar la aurora y aparecer el sol, ante la belleza de la joven mujer? Nada, absolutamente nada, porque ella es pájaro, flor y sol al mismo tiempo.

34 La alegría del pájaro que canta volando de rama en rama, no cautiva tanto como la risa alegre de la mujer hermosa. La flor que se mece en el tallo movido por la brisa, no tiene la gracia que el cimbreante talle de la joven que al pasar nos cautiva sin saberlo. La luz del sol, esplendorosa como es, no se compara con esa luz de los bonitos ojos, en cuyas miradas creemos encontrar el misterio profundo de los cielos.

Pájaro inquieto, perfumada flor, sol esplendente, más que todo eso es la mujer más hermosa; y como el pájaro que a veces llora cantando, la flor que se muere esparciendo su aroma, y el sol que se envuelve en nubes borrascosas, ella también tiene sus quebrantos; la au-

reola de la juventud no significa aureola de felicidad, y con sus risas va mezclado el llanto.

Eran tres. ¿Cuál era la más bonita? Nadie podría decirlo. Amigas inseparables pasan alegres por las umbrosas calles de la alameda atrayendo la vista y arrancando suspiros de los jóvenes, que con mirada ansiosa siguen sus siluetas garbosas y arrogantes. Entre risas y cu-chicheos se cuentan sus secretos, que sin duda alguna son secretos de amor.

35

-Sabén ustedes anoche se me declaró Manuel.

-Y tú, ¿qué le dijiste?

-Que no, redondamente.

-¿Qué defecto le encuentras?

-Ninguno, pero...

-Lo que pasa es que María a quien quiere es a Fernando.

-Pues para que vean ustedes que Fernando a mí, nunca me ha dicho nada.

-Pero es el que te gusta.

-¡Claro, como que es tan guapo!

-Yo recibí una carta, si vieran...

-¿Una carta?

-¿De quién?

-De uno que no conozco. Es una carta para morirse de risa. Sentémonos en esta banca para que yo se las lea, la traigo aquí en mi bolsa. Dice así: "Señorita: la adoro. Ofrezco a usted mi corazón lleno de sufrimiento, por el tormento de este amor que yo siento. Si usted correspondiera a este sentimiento, al momento..."

36

Tres sonoras carcajadas llenaron el aire de notas cristalinas.

-Déjale de mi cuenta, María, le mandaré un unguento...

-Yo también recibí una carta, pero ésta sí vale la pena.

-Ninguna carta de amor merece la pena, María, no seas tonta.

-¿Por qué?

-Todas están llenas de tonterías...

-Entonces ¿cómo se declara un enamorado?

-En un paseo, en un baile.

-A propósito de baile ¿van mañana al del Casino Español?

-No María, mañana cumpliré un año de huérfana, mi madre murió ese día..., le llevaré unas flores-. Y la alegre fisonomía de la joven tornose triste, y de sus lindos ojos donde parecía hallarse el profundo misterio de los cielos, se desprendió una lágrima.

37

-Dichosa tú, María, que puedes llorar el recuerdo de tu madre, que puedes regar una tumba con tus flores y tus lágrimas. Yo canto y me río porque aún no sé llorar; pero nadie, nadie podrá comprender lo que sufre una expósita como yo, al querer adivinar quién sería la madre cruel que la entregó al nacer en una casa de cuna...

-Les envidio a las dos: la huérfana que llora la ausencia eterna de una madre cariñosa y buena, llora, sí; pero sus lágrimas son dulces, y su recuerdo, es un recuerdo sagrado. La abandonada

que ignora quién le dio el ser, muy bien puede pensar que su madre tal vez, no fue una delincuente, sino una desgraciada. Yo, también canto y me río porque aún no se llorar; pero mi dolor es el dolor más amargo que puede experimentar una hija, porque yo..., yo tengo madre..., pero..., me avergüenzo de ella...

Índice

Presentación	7
<i>El encanto por narrar</i> Luis Acopa	9
<i>Dormité niño</i>	15
<i>El reloj</i>	23
<i>Tres Marías</i>	33



DEPARTAMENTO
editorial cultural



Dr. José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Dra. Dora María Frías Márquez
Secretaria de Servicios Académicos

Ing. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Lic. Luis Alberto López Acopa
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de
imprimir el 15 de abril de 2013,
con un tiraje de 1000 ejemplares, en
Morari, Formas Continuas, S.A. de C.V.,
Villahermosa, Tabasco. El cuidado de la
edición estuvo a cargo del Departamento
Editorial Cultural de la Dirección de
Difusión Cultural.



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

COLECCIÓN
ALICIA DELAVAL
Novelas y Cuentos

PARA SU DISTRIBUCIÓN LIBRE EN LA WEB